

## XXIV

Se presentan dos ó tres veces en la vida de un hombre como César, situaciones de fortuna ó de desgracia, en que, no pudiendo esta ó aquella ir mas allá, se opera una reaccion: en bien si la situacion es mala; en mal si la situacion es buena.

La de César en aquel momento era tan mala, que no podia ser peor; así, pues, la mejoría debia llegar necesariamente.

El primer indicio de vuelta que le dió la fortuna, fué la desercion de los gétulos y los númidas que se hallaban en el campamento de Scipion. Aquellos bárbaros hicieron lo que no hubieran hecho probablemente hombres civilizados: recordaron que debian obligaciones á Mario y que César era su sobrino.

Resultó, pues, que poco á poco númidas y gétu-

los empezaron á abandonar el campamento de Scipion y pasar al de César.

Pero este, que no tenia con que alimentar á los desertores, los envió uno tras otro á su país, con cartas para los principales de las ciudades, en las cuales exhortaba á estos á que tomasen las armas, reconquistasen su libertad, y, sobre todo, que no enviasen auxilios á sus enemigos.

Por otro lado llegaban diputados de ciertas ciudades del interior que iban á brindar su obediencia á César, pidiéndole guarniciones para defenderse y prometiendo enviarle trigo; pero César no tenia tropas sobradas para desguarnecer su campamento y Scipion guardaba tan bien los aproches, que de seguro cogeria todos los convoyes que fuesen por tierra.

Por aquel mismo tiempo Salustio,—así como en Roma se era abogado y general, se podia ser tambien, como se ve, general é historiador,—habia desembarcado en la isla de Cercina, la Kerkeni moderna, habia espulsado de ella á Cayo Decio,—encargado de guardar los almacenes de los pompeyanos,—y habiendo sido bien recibido de los insulares cargó porcion de trigo en buques mercantes que halló en el puerto y los despachó en seguida para el campamento de César.

En medio de esos acontecimientos, como si la fortuna quisiese pagar lo atrasado, el pretor Alieno hi-



zo partir de Lilibea las legiones décima tertia y décima cuarta con ochocientos caballos galos y mil honderos ó arqueros, todos los cuales llegaron felizmente á Ruspina á los cuatro dias de viaje.

Para César, que las esperaba con tanta impaciencia, fué una gran alegría ver aparecer aquellas velas.

Presidió el desembarque y en cuanto los hombres se hubieron repuesto de las fatigas del mar les distribuyó en los fuertes y los atrincheramientos.

Aquella llegada de víveres y aquel refuerzo de soldados esparcieron la alegría en el campamento cesariano.

Peró en el de Scipion la admiracion era grande. Se sabia el carácter emprendedor de César y se decia que era preciso que estuviese muy débil para mantenerse encerrado de aquel modo detras de sus defensas.

Scipion resolvió entonces enviar dos espías que so pretesto de hacerse cesarianos permanecerian durante algunos dias en el campamento de su contrario, y despues, volviéndose al suyo, le harian un relato exacto de lo que hubiesen visto.

La eleccion del general pompeyano recayó en dos gétulos, á quienes hizo grandes promesas, y los cuales partieron como tránsfugas para el campamento de César.

Mas apenas se presentaron y se les recibió en calidad de tránsfugas, que pidieron que se les condujera á César, y entonces le manifestaron la causa de su venida al campamento, contándole que Scipion los habia enviado con el objeto de asegurarse de si no habian tendido alguna emboscada en los puertos ó en otro sitio, contra los elefantes. Añadieron que casi todos sus compatriotas, recordando los beneficios de Mario, y parte de los soldados de la cuarta legion y de la sesta, ardian en deseos de pasarse á su bando, y que no podian burlar la guardia que Scipion habia colocado en las puertas del campamento.

César los recibió muy bien, les hizo algunos regalos y los mandó al cuartel de los tránsfugas.

Al otro dia se confirmó el parte que dieron, con la llegada de una docena de soldados de las enunciadas cuarta y sexta legion.

Dos dias despues, los habitantes de Tisdro mandaron decir á César que varios labradores y mercaderes italianos habian introducido en dicha poblacion hasta trescientos mil modios de trigo. Los mensajeros venian para pedir una guarnicion que custodiara dichas provisiones.

Por otra parte se recibió un correo de Sitio, por el cual participaba que habia entrado en Numidia, que habia tomado una fortaleza situada en un cerro



en la cual Juba habia encerrado todas sus municiones.

De este modo, la fortuna caprichosa por una parte, pero consecuente en el fondo, parecia dirigirse hácia César.

Por este motivo se preparaba al combate con el refuerzo de dos legiones veteranas, sin contar la caballería y los flecheros. Todavía no se creyó bastante fuerte. Envió seis buques á Lelibeá con objeto de traer el resto de la fuerza. Llegaron con toda felicidad.

Por la tarde del dia 25 de Enero en que llegaron, César avisó á sus oficiales estuvieran listos para la primera vigilia, y á cosa de media noche levantó el campo.

Desde luego se dirigió á Ruspina en donde habia dejado guarnicion: despues, tomando á mano izquierda á lo largo de la orilla, entró en una llanura de cuatro leguas de estension, rodeada de una cordillera formando anfiteatro, en cuyo extremo estaba el campamento de Scipion.

Era una série de colinas, en la cúspide de las cuales habia antiguamente unas torres dispuestas para explorar el país.

César se apoderó de todas las alturas, y en menos de media hora cada altura tuvo una torre perfecta y sólidamente construida.

Así que llegó cerca de la última, detuvo su marcha: habia una guardia de tropas númeradas.

César no pasó mas adelante. Hizo practicar una trinchera desde el punto hasta donde habia llegado hasta el sitio desde donde habia partido. Al amanecer, aquella trinchera estaba casi terminada.

Así que Scipion y Labieno divisaron á César, mandaron salir toda su caballería, la formaron en batalla y la hicieron avanzar á unos mil pasos; despues formaron la infantería en segunda línea, á unos cuatrocientos pasos, poco mas ó menos, del campamento.

No por eso César suspendió su trinchera; pero viendo que se aproximaba el enemigo para inquietar á los trabajadores, destacó una escuadra de caballería española sostenida por un batallon de infantería ligera, y les mandó que tomaran la altura en donde estaba la guardia de los númeradas.

Los soldados de caballería é infantería, quienes desde mucho tiempo tenian sed de combate, partieron con tal ardor, que del primer ímpetu se arrojaron á la trinchera, de la que no pudieron hacerles salir, quedando dueños de ella despues de haber acuchillado á gran parte de los que la defendian.

Entonces Labieno, viendo la fuga de las tropas, se puso al frente de dos mil hombres de la reserva que formaban su ala derecha, y corrió en el auxilio de los númeradas; pero entonces, César, viendo que im-



prudentemente se apartaba de lo mas fuerte de la batalla, destacó su ala izquierda con objeto de cortarle, cubriendo su movimiento por medio de una inmensa fortaleza, flanqueada por cuatro torres que impedía que Labieno viera lo que pasaba, de modo que este no advirtió el movimiento sino hasta que los hombres de César estuvieron encima de él.

Así que vieron á los romanos los númidas, echaron á huir, dejando en la carnicería á los germanos y á los galos, que fueron todos hechos pedazos, despues de haberse defendido como lo hacian los germanos y los galos.

Al mismo tiempo la infantería de Scipion, que estaba formada en batalla frente de su campamento, viendo semejante desórden, se dispersó y entró por todas las puertas.

Por su parte César, viendo desalojado al enemigo en el llano y en la montaña, hizo tocar retirada y contramarchar su caballería.

De modo que no quedó en el campo de batalla sino los grandes cuerpos desnudos y blancos de los galos y de los germanos, á quienes se habia despojado de sus armas y vestidos.

*Grandiaque effossis mirabitur ossa sepulcris.*

## XXV

Al dia siguiente, César á su vez presentó la batalla; pero Scipion permaneció en sus reductos.

Sin embargo, así que vió César que se habia adelantado algo á lo largo de las montañas, y dirigirse paso á paso á la ciudad de Urita, distante un cuarto de legua, y de donde sacaba víveres y agua, tuvo por precision que hacer salir sus tropas.

Las formó en batalla en cuatro filas; la primera era la caballería, interpolándose entre los caballos, elefantes armados y cargados con torres.

Como aquella primera fila avanzaba en el órden indicado, Creyó César que Scipion se habia decidido á combatir, y mandó hacer alto frente á la plaza. Por su parte Scipion mandó hacer alto en la parte opuesta. Cada cual permaneció así, sin moverse, en



formacion de batalla, hasta la noche, y despues volvió á su campamento.

Al día siguiente, César prolongó su trinchera con objeto de aproximarse al enemigo.

Mientras sucedia todo esto en tierra, César sufría por mar un revés, si puede llamarse así lo que vamos á referir.

Uno de los buques de transporte, perteneciente al último convoy llegado de Sicilia, se habia apartado de los demas y fué apresado cerca de Tapso por las barcas y falúas de Virgilio, al mismo tiempo que otra galera de la misma escuadra caía en poder de la armada de Varo y Octavio.

En el primer buque iban Quinto Consinio y Lucio Taisda. En el otro estaba un centurion de la legion número catorce con algunos soldados.

Los soldados y el centurion fueron conducidos ante Scipion, quien los recibió sentado en su tribunal, y les dijo:

—Ya que habeis tenido la suerte de caer entre mis manos, vosotros que servís por fuerza bajo las órdenes de César, no vacileis y decidme francamente si quereis seguir el partido de la República y de los hombres de bien, no tan solo con la seguridad de la vida y de la libertad que os ofrezco, sino con la esperanza de una buena recompensa.

Scipion hablaba así, creyendo que los prisioneros

recibirían tal merced con entusiasmo. Pero el centurion, tomando la palabra, sin dar á Scipion tratamiento de *Imperátor*, le dijo:

—Te doy las gracias por lo que, siendo tu prisionero, me ofreces, vida y libertad: aceptaria de buen grado una cosa y otra, si pudiera hacerlo sin cometer un crimen.

—¡Sin cometer un crimen! repitió Scipion.

—Sí, contestó el capitan, ¿no seria criminal por mi parte si fuera á hacer la guerra contra César despues de haber combatido por él durante mas de veinte años, y desenvainara la espada contra aquellos valientes compañeros para quienes he arriesgado tantas veces mi existencia?..... Te ruego, pues, que no me obligues á ello, Scipion. Si quieres probar mis fuerzas, déjame escoger diez hombres entre los prisioneros, y con mis diez compañeros te ofrezco combatir contra la de tus cohortes que elijas. Despues, segun el resultado de nuestro combate, podrás juzgar del desenlace de la guerra.

El desafio indignó á Scipion, y mandó que el centurion y todos los prisioneros, que pasaban de treinta y cinco, fueran degollados inmediatamente, lo cual se ejecutó en el mismo instante.

En cuanto á los demas, es decir á Taisda y Considio, y los que habian sido apresados con ellos, Sci-



pion no permitió que se los trajeran y los mandó incorporar en los diferentes cuerpos de su ejército.

Así que César supo tal suceso, quedó sumergido en la mayor desesperación, hasta el punto que destituyó á todos los capitanes de las galeras que cruzaban en las aguas de Tapso para la seguridad de los convoyes.

Casi en la misma época César conoció lo que era el Simoun (viento del desierto.)

Una noche, hácia la segunda vigilia, despues de haberse acostado las pléyadas, una horrible tempestad se declaró, el viento arrastraba nubes de arena y de piedras, de modo que caía en el campamento una verdadera lluvia de piedra. Ese no era nada para los de Scipion que habian tenido tiempo de edificar cabañas, debajo de las cuales podian ponerse al abrigo, pero aquello fué una verdadera tormenta para los de César, quienes levantando cada noche el campo, no habian tenido tiempo de construirse habitaciones; los desgraciados corrian como insensatos, oponiendo sus adargas al huracan, pero los turbiones los levantaban sobre tierra y los arrastraban y echaban en el suelo.

Fué noche terrible, que equivalia á una derrota; todos los víveres quedaron inutilizados, los fuegos se apagaron, y el aire quedó cargado de tal cantidad de electricidad, que las puntas de los venablos

de la quinta legion parecian arrojar llamas, fenómeno que asustó bastante á los soldados.

Pasaron dos ó tres meses sin que César pudiera obligar al enemigo á una batalla decisiva. En fin, como César en tres meses habia podido reunir á todas sus tropas, como habia empleado dichos tres meses en ejercitarlas contra los elefantes que habia hecho venir de Italia con este objeto, y tanto caballos como ginetes habian logrado sostenerse con bazarria en la carga de dichos animales; levantó el campo durante la noche, y verificando una marcha como él solo lo hacia, el dia 4 de Abril se presentó delante de las murallas de Thapso que venia a sitiar.

Virginio, mandaba en Thapso, era uno de los mejores tenientes de Pompeyo; tenia á sus órdenes una buena guarnicion, pero atacado por todo el ejército de César, era evidente que no podria aguantar el empuje.

Scipion estaba colocado en esta alternativa: abandonar á uno de sus mejores capitanes ó arriesgar una batalla decisiva.

Arriesgó la batalla. Marchó al auxilio de la ciudad y acampó en dos diferentes campamentos. Con esto eran tres campamentos contando el de Juba.

César trabajaba en la circunvalacion de la ciudad. Supo cuanto pasaba, vió al enemigo, juzgó su posición, hizo cesar el trabajo, mandó á los trabajadores



que tomaran las armas. Dejó al procónsul Aquenas la custodia del campamento con dos legiones, y corrió hácia el enemigo.

Al cabo de una hora, los dos ejércitos estaban frente á frente.

Parte del ejército enemigo estaba formado en batalla, mientras que el otro trabajaba en las trincheras: está al frente de sus fosos con sus elefantes en cada ala.

César dispone sus tropas en tres líneas; pone las legiones segunda y décima en el ala derecha, la octava y la novena en la izquierda, las otras cinco en el centro, y cubre el flanco de la batalla, donde están los arqueros, con cinco cohortes y los honderos, destinados á sostener el choque de los elefantes; despues, corriendo á pié por entre las filas, recuerda á sus viejos soldados las victorias ganadas, escita á los otros á imitar su valor, y luego, de repente, se detiene indeciso y tembloroso.

Es que se siente presa de un ataque de la terrible enfermedad que padece,—la epilepsia.

En aquel momento se halla rodeado de sus tenientes, que le suplican no desperdicie aquella oportunidad, pidiéndole con instancia el santo y seña.

César deja escapar de sus pálidos lábios, con voz entrecortada, las palabras *Buena Suerte*, que en seguida circulan por todo el frente del ejército.

Despues, conociendo que todos sus esfuerzos para luchar contra el mal son inútiles, y que es absolutamente preciso dar tiempo al ataque para que se pase, prohíbe que se empeñe la batalla.

Pero ya es demasiado tarde; de repente oye sonar el toque de carga. Es un trompeta del ala derecha á quien los soldados han obligado á dar la señal de combate.

César ve, como á través de una nube, avanzar su ejército: pero la tierra parece faltarle bajo los piés; el cielo, á sus ojos, está tan pronto negro como color de sangre; se cubre la cabeza con el manto para que no se vea la espuma que le sale por la boca, y cae al suelo murmurando:

—Buena Suerte!

En efecto, todo iba á depender de la buena suerte de César, pues aquella vez su génio no tendria nada que ver en el asunto.

La jornada de Thapso fué una segunda Farsalia.



## XXVI

No solo los soldados de César quedaron dueños del campo de batalla, sino que se apoderaron también del campamento enemigo.

Los pompeyanos huyeron al otro en que se habían detenido la víspera; los vencedores los persiguieron hasta allí; pero, llegados delante de aquellos nuevos atrincheramientos no sabían qué hacer, cuando César, libre ya de su ataque, acudió gritando:

—A los fosos, compañeros, á los fosos!

El segundo campamento fué tomado lo mismo que el primero.

Abandonados por Scipion y Juba, que huyeron á todo escape, los soldados fueron implacablemente degollados.

César tenía, no que vengar,—pues él no lo hacia

nunca,—sino que dejar vengar la muerte de los suyos.

Como en Farsalia, no faltaron episodios estraños á aquel gran acontecimiento que se llamó la batalla de Thapso.

Un veterano de la quinta legion vió á un elefante herido, que, loco de dolor, se había lanzado sobre un sirviente desarmado y teniéndolo bajo sí lo estrujaba con una rodilla, al paso que exhalaba grandes gritos y sacudía el aire con la trompa.

Avanzó resueltamente contra él y le lanzó su javalina.

El elefante, herido segunda vez, abandonó el estropeado cuerpo del sirviente, se lanzó contra su nuevo adversario, lo enlazó con la trompa y lo balanceó en el aire un momento para estrellarlo luego contra el suelo; pero, por mas corto que fuese aquel momento, bastó al soldado para dar al elefante un tajo tan furioso en la trompa que la tronchó y cayó al suelo, cayendo él envuelto en la terrible serpiente.

El elefante, sacudiendo el ensangrentado tronco que le quedaba, huyó hácia sus compañeros lanzando horribles gritos.

La noche de la jornada de Thapso, César había tomado tres campamentos; pues, despues del segundo de Scipion, había marchado contra el de Juba; había matado diez mil hombres, herido doce mil y



dispersado el resto; esto es, unos sesenta mil hombres aproximadamente.

Los pompeyanos, que no habian sabido pelear, supieron morir.

Metelo huia en un buque; los cesarianos lo abordan.

—¿Dónde está el general? preguntan.

—En seguridad, contesta Metelo atravesándose con su espada.

Juba y Pretreyo habian huido á toda brida hácia Zama, una de las capitales de la Numidia. Antes de partir, Juba habia hecho preparar una inmensa hoguera en la plaza pública.

—Si soy vencido, habia dicho, colocaré mis tesoros sobre esa hoguera, haré subir á ella mis mujeres, pegaré fuego á la ciudad y todos arderemos.

Aquella amenaza no habia pasado inadvertida.

Viendo volver á Juba vencido, los habitantes de Zama cerraron las puertas, y subiéndose á las murallas le gritaron que si llegaba á ponerse á tiro lo acribillarian á flechazos. Juba pidió sus mujeres y se las negaron; pidió sus tesoros y se los negaron tambien.

Entonces, volviéndose hácia Pretreyo:

--Vaya, le dijo, no nos queda mas que hacer lo que hemos convenido.

Lo que habian convenido Pretreyo y Juba era que

se batirian uno contra otro. Desenvainaron las espadas y emprendieron una verdadera lucha de gladiadores,—para morir.

Sin embargo, el sentimiento de la conservacion obraba en ellos, y cada uno hacia esfuerzos para matar á su adversario.

Juba, mas fuerte ó mas diestro, pasó su espada á través del cuerpo de Pretreyo.

Petreyo cayó.

Despues Juba, temiendo no asegurarse bien, llamó á un esclavo y le mandó que lo matara.

El esclavo obedeció cortándole el pescuezo.

Las tropas pompeyanas que habian podido reunirse despues de la batalla, se habian refugiado sobre una eminencia á la vista del campamento de Juba.

Tomado este, los fugitivos fueron rodeados por los vencedores.

Entonces aquellos desgraciados, viéndose perdidos, empezaron á arrojar las armas y á implorar la clemencia de sus compañeros, llamándolos hermanos; pero los cesarianos, indignados de los asesinatos que Scipion habia cometido ó hecho cometer en sus camaradas caidos en su poder, contestaron que ellos no eran asesinos, pero que era preciso que los vencidos se preparasen á la muerte.

En efecto, todos fueron degollados.



César no había perdido mas que cincuenta hombres!

Permaneció algun tiempo en batalla delante de Thapso con sesenta y cuatro elefantes que había cogido armados y provistos de torres. Espera vencer de aquel modo con su presencia la tenacidad de Virgilio y de los que le acompañaban. Les hizo intimar que se rindiesen; pero no contestaron. El mismo se acercó á las murallas y llamó por su nombre á Virgilio, pero este tampoco le contestó.

No podia perder mas tiempo delante de la ciudad.

Reunió el ejército bajo sus muros, elogió á los soldados, recompensó á las viejas legiones, y desde lo alto de un tribunal distribuyó los premios acordados al valor: despues, dejando tres legiones á Rebilio para continuar el sitio de Thapso y dos á Domicio para sitiár á Tysdra, donde se hallaba Considio, marchó sobre Utica, enviando por delante á Mesala con su caballería.—La de Scipion había tomado aquella dirección.

Esta última llegó delante de la ciudad de Pasade; pero habiendo sabido la derrota de los pompeyanos, los habitantes se negaron á abrirles las puertas.

Entonces los fugitivos asaltaron la ciudad, encendieron una gran hoguera en medio de la plaza principal, y sin distincion de edad ni sexo echaron en ella á todos los habitantes.

César llegó poco despues, pero demasiado tarde para impedir aquel asesinato.

Al dia siguiente de la batalla, al caer la noche, había llegado un correo á Utica y anunciado á Caton que había habido un gran encuentro delante de Thapso, que la causa estaba completamente perdida y que César, despues de tomar los tres campamentos de Scipion y Juba, se dirigia hácia Utica.

Dos dias despues, la caballería que había huido de Thapso y que había quemado á Pasade y degollado á sus habitantes, aparecía á la vista de la ciudad.

Junto á sus muros, dentro de un atrincheramiento, se hallaba el populacho, al cual Caton había echado fuera de las puertas á causa de su opinion Cesariana. Sabiéndolo hostil, lo hacia guardar, como hemos dicho, por una parte de los habitantes, mientras el resto guardaba la ciudad.

Los fugitivos se informaron y supieron que los hombres que tenían delante eran cesarianos espulsados por Caton.

Entonces quisieron tratarlos como habían tratado á los habitantes de Pasade, pero los uticenses se armaron de palos y piedras, y animados con el ruido de la victoria de César, que había llegado hasta ellos, rechazaron á los pompeyanos, los cuales entraron en



la ciudad furiosos y dispuestos á derramar sobre ella el esceso de su cólera.

En efecto, se lanzaron sobre las casas de mejor aspecto, las saquearon y mataron á una parte de sus habitantes.

Caton acudió allí en seguida, conjurándolos en nombre de la humanidad; pero la humanidad era una virtud completamente desconocida á los pompeyanos. Preciso le fué, pues, emplear con ellos otros argumentos:—hizo dar á cada uno cien sestercios y los despidió. Fausto Sila les dió por su parte otro tanto, se puso á su cabeza, y no sabiendo lo que le habia pasado á Juba, se dirigió con ellos hácia Zama, donde creia encontrarlo.

Digamos en seguida cuál fué la suerte de los demas pompeyanos.

Virgilio, viéndose sitiado por tierra y por mar, y habiendo muerto ó huido todos los suyos, se entregó á Rebilio bajo palabra.

Considio, que estaba en Tysdra con una guarnicion de gétulos y gladiadores, habiendo sabido por su parte la derrota de Scipion y la proximidad de Domicio, desesperó de conservar la plaza y huyó secretamente con algunos gétulos, los cuales lo degollaron en el camino para apoderarse del dinero que llevaba.

En fin, Scipion, que se habia retirado á las gale-

ras esperando pasar á España, llevado de un lado á otro por la tempestad, fué arrojado al puerto de Hippona (Bona): atacado allí por la escuadra de Sitio, que se hallaba en la rada, trató de luchar, pero siendo inferiores sus buques, fueron todos echados á pique, desapareciendo bajo las olas cuantos sobre ellos se hallaban.